

días! Un amor sin intermedios cansa pronto. Creo que te quejas de lo que forma el mayor encanto de nuestras relaciones.

Bernardo no discutió y se contentó con repetir muy despacio:

— Tú no me amas, Florencia.

La joven no discutió tampoco, pero hizo uso del argumento más seguro que puede usar una mujer para probar á un hombre que le ama. Su cara, pálida en aquel momento, se inclinó hasta tocar la de Bernardo. Sus brazos le rodearon el cuello. Su turgente seno se oprimió contra el ancho pecho del joven y, juntos los labios en un gran suspiro, se abandonó en sus brazos.

IX

Acababan de dar las once en la torre de la iglesia de Favières, y el cura, después de acabar sus oraciones, se disponía á acostarse, cuando sonaron unos golpes dados con fuerza en la puerta de la casa. El padre Daniel era el único que estaba levantado, pues su madre y la criada hacía mucho tiempo que dormían. Cogió la lámpara, atravesó la cocina, llegó al vestibulo y abrió. En la oscuridad de la noche vió un niño que estaba sentado en el escalón de la puerta, en una actitud de desesperación y de cansancio inexplicables. Al ver al cura, alumbrado por la luz de la lámpara, el niño se levantó con trabajo y mostró una cara bañada en lágrimas.

— ¿Qué ocurre, amigo? preguntó el sacerdote. ¿Cómo es que estás en mi puerta á esta hora de la noche? ¿Por qué lloras?

— ¡Ah! señor cura, gimió el niño, mi madre me envía á buscar á usted, y lloro porque mi padre está muy malo y el médico de Maisoncelle dice que se va á morir....

— Entra, hijo mío, dijo en tono de cariño el padre Daniel.

Condujo al niño á la sala, le hizo sentar cerca del fuego y le interrogó con dulzura :

— ¿Cómo te llamas?

— Juan....

— ¿Y de apellido ?

— Malafert.

— ¿Dónde viven tus padres?

— En Maisoncelle, cerca de Fresqueville, á una legua de aquí.

— ¿En Maisoncelle? ¿En el bosque, entonces?

— Sí, señor cura, mi padre es zuequero.

— ¡Ah! sí, ya sé, dijo el cura. ¿Y qué le ha sucedido á tu padre?

— Hace quince días que está acostado sin poder moverse, por una fiebre que le dió... y hoy dice el médico que se va sin remedio. Por eso mi madre me ha enviado á buscar á usted. Corre, me ha dicho, vete á casa del cura de Favières que no temerá molestarse, aun siendo de noche, por una pobre gente que está en la aflicción.... No quiero que tu padre se vaya sin consuelos.... Me eché á correr y aquí estoy.

Los ojos del niño se llenaron otra vez de lágrimas, que corrieron hasta la boca formando dos amargos surcos. El cura contemplaba aquella pena con la frente inclinada y la fisonomía grave, y quiso consolar al niño.

— No llores, hijo mío; puede que el caso no sea tan desesperado. La misericordia de Dios es infinita y si le ruegas bien, tendrá piedad de ti y te conservará tu padre. Responde; ¿tienes hambre? ¿Quieres comer?

— ¡Oh! no, señor cura; tengo mucha pena...

— Entonces, espera un segundo. Voy á calzarme y á coger mi manto y te acompaño.

— Muchas gracias, señor cura.

Pasaron algunos instantes y el padre Daniel apareció con una linterna encendida.

— Debe estar muy oscuro el bosque. Toma mi linterna.

— ¡Oh! señor cura, conozco bien el camino, y además hay luna. Pero es igual; le alumbraré á usted para que no tropiece en las rodadas.

El cura y el niño se pusieron en marcha.

El pueblo de Favières dormía. Hasta la taberna estaba sombría. Los perros aullaron en un corral á la salida del pueblo, al paso de los dos caminantes, y se fueron respondiendo melancólicamente de finca en finca en el silencio de la noche. Ambos iban á buen paso y sin hablar, y no acor-

taron la marcha hasta que, al cabo de dos kilómetros, llegaron á la linde del bosque. Estaban entonces en el límite de las tierras de Fresqueville y tocaban en las tierras de Lefrançois, colindantes con las comunales. Al llegar á un camino que pasaba entre ambas, oyeron no lejos varios silbidos y pisadas de caballos que sonaban sobre la tierra endurecida.

— Entremos en el bosque, si usted quiere, señor cura. Ahí vienen los gendarmes.

— ¿Para qué entrar en el bosque? preguntó asombrado el cura.

— Porque si nos ven, se van á detener y á preguntarnos y no conviene que se nos vea hablar con ellos.

— Pero ¿por qué? repitió el cura sin dejar de seguir á su guía, que acababa de atravesar la cuneta y de esconder la linterna debajo de la blusa.

— Porque hay muchachos fuera esta noche y podrían creer que nos metíamos en sus asuntos.

— ¿Qué muchachos?

— ¡Toma! cazadores furtivos. ¿No ha oído usted silbar ahora mismo? Era para avisar que venían los gendarmes.... Y éstos, que preferirían estar en la cama, andan rondando para fastidiar á los pobres.

En este momento desembocaron los gendarmes

por una calle de árboles, al paso de los caballos, y pasaron á diez metros del cura y del muchacho. Iban envueltos en sus capotes y de muy mal humor, porque el cabo decía jurando á su compañero:

— Creo que ese granuja de Thiboré moja el tabaco para que pese más. No hay quien haga arder mi pipa....

— Estas no son horas de venir á fumar al bosque, respondió sentenciosamente el gendarme: deberíamos estar entre sábanas.

Pasaron, y el cura y el chico siguieron su camino. No iban solos, aunque así lo creyeran. El bosque estaba aquella noche poblado de invisibles huéspedes.

Al dar las once, Bernardo y Florencia dejaron el pabellón y descendieron silenciosamente al parque. La joven acompañaba siempre á Bernardo hasta una cabaña abandonada que estaba en la linde de Fresqueville y que había pertenecido en otro tiempo á un cantero. En esa cabaña dejaba el joven su caballo mientras iba á visitar á la señora de Lefrançois. Florencia se había procurado la llave y con frecuencia los amantes prolongaban allí sus entrevistas, sentados en un tronco de árbol y envueltos en el acre perfume de las hojas secas.

Estaban aquella noche en su escondite, con las

manos enlazadas, cuando pasó la ronda. Pero ellos no se inquietaron, pues aquella vigilancia no podía molestarlos. Se creían seguros. Lefrançois dormía confiado y pacífico y la noche pertenecía por completo á la locura y al goce de los dos amantes.

Se equivocaban, sin embargo, en no tener miedo. Nunca está más próximo el peligro que cuando la seguridad parece más completa. Lefrançois, á quien ellos creían en su cuarto, soñando con algún buen negocio, estaba despierto, fuera de su casa y siguiéndoles la pista. La casualidad lo había hecho todo. El banquero no tenía ninguna sospecha. Si alguien hubiera ido á decirle : « Su mujer de usted le engaña, » se hubiera reído y respondido al denunciador : « Ocúpese usted de su casa y deje en paz la mía. » Estaba seguro de Florencia y seguro de sí mismo. ¿ Quién podía atreverse á engañar á Lefrançois ?

Cuando el marido había dado las buenas noches á su mujer, jamás salía de su cuarto para molestarla. Florencia le había acostumbrado bien y era dueña absoluta en su casa. Con tal garantía, no tenía, pues, miedo alguno de ser sorprendida, y, en efecto, aquella noche Lefrançois respetó como de costumbre la frontera conyugal y una vez puestas en claro sus cuentas se dirigió á su cuarto para meterse en la cama.

Todos los criados estaban acostados y el banquero iba por el corredor del primer piso cuando creyó ver una rendija de luz en las ventanas del cuarto de su mujer. « ¡ Calla ! pensó, no está todavía acostada. ¿ Qué hará á estas horas ? De seguro se está echando á perder la vista leyendo alguna novela. Mañana la regañaré. » Iba á seguir su camino, cuando la rendija de luz se oscureció de repente. « ¡ Bueno ! Ahora sube. Voy á esperarla y á echarle una reprimenda. » Pero transcurrieron algunos minutos y no oyó los pasos de Florencia. De pronto se le ocurrió que algún extraño podría haberse introducido en la casa, y como era vigoroso y resuelto, bajó la escalera y se dirigió hacia el pabellón.

Andaba con precaución y al llegar al vestíbulo pensó que si se trataba de ladrones podría necesitar defenderse. Se detuvo, cogió de un armario su escopeta, la cargó, y colgándosela del hombro con la correa, continuó su marcha. Con alguna palpitación de inquietud abrió la puerta del pabellón. Emoción inútil ; no había nadie, pero los restos de una cena que se veían en el velador atestiguaban una reciente fiesta de dos personas. Tan arraigada estaba su confianza, que no pensó aún que una de ellas pudiera ser su mujer y más bien sospechó de una doncella que coqueteaba hacía algún tiempo con un mozo del pueblo.

Quiso, sin embargo, averiguar lo que hubiera. Fué á la puerta del parque y la encontró cerrada solamente con el picaporte. Por allí era, sin duda, por donde alguien acababa de salir. Apagó la bujía y tomó el mismo camino que habían seguido los amantes. Éstos andaban despacio porque al dar la vuelta á un macizo, se destacaron sus siluetas en el fondo más claro del cielo y Lefrançois los vió á unos cien pasos. Eran, á lo que parecía, un hombre y una mujer. Siguió la línea de árboles para ocultarse y se acercó algún tanto á ellos, pero estando á unos veinte metros, hizo crujir una rama con el pie y llamó la atención de la pareja, porque se volvieron, miraron con atención en las tinieblas y volvieron á ponerse en marcha. Eran, en efecto, un hombre y una mujer. ¿Pero á dónde iban? En dirección al bosque y en sentido opuesto á Favieres. El hombre era, pues, de Maisoncelle ó de Coudreaux.

Lefrançois quiso convencerse. Era obstinado y después de haberse tomado el trabajo de atravesar el parque detrás de ellos, no temía caminar lo necesario para darles alcance. Se sentía perfectamente seguro, porque llevaba una escopeta cargada y estaba en sus tierras. Lefrançois estaba dominado poderosamente por el sentimiento de la propiedad y se creía invencible en su casa. En aquel momento los perseguidos no tomaban ya

precauciones, iban del brazo, muy apretados el uno contra el otro, y hablaban en voz baja como amantes. Acortaron el paso como si llegaran al fin de su viaje, lo que era cierto, pues estaban á dos pasos de la cabaña. El caballo reconoció probablemente la proximidad de su amo, porque relincho alegremente.

Aquel relincho asombró mucho á Lefrançois, pues la presencia de un caballo cambiaba las suposiciones que estaba haciendo hacía media hora. Creía habérselas con un mozo que cortejaba á una de las criadas de su casa y de repente cambiaba la posición social del galán. Se trataba, pues, de una persona de la ciudad ó de las fincas de los alrededores. Y el cambio del hombre llevaba consigo necesariamente el de la mujer. Por primera vez la angustia le apretó el corazón. No sospechó todavía, pero tuvo un presentimiento confuso y un principio de cólera. Se aproximó á la cabaña, en la que había entrado la pareja, y trató de mirar por las junturas de las tablas. El interior estaba oscuro y nada pudo ver, pero sí pudo oír un marcado ruido de besos y una voz, que le hizo estremecerse, pues era la de su mujer, que decía :

— Vamos, es preciso que nos separemos. Es tarde y ya debería estar en casa...

El hombre no respondió, pero un nuevo beso

vibró en el silencio. El sudor surcaba la frente de Lefrançois; sus manos buscaron instintivamente la escopeta y la montaron; rechinaron sus dientes, é incapaz de contener por más tiempo el furor que le dominaba, derribó la puerta de un puntapié y se arrojó en el interior de la cabaña. La oscuridad que allí reinaba le hizo detenerse como estupefacto, pero un grito ahogado le indicó, sin embargo, el sitio en que estaban los culpables.

Se echó la escopeta á la cara y dijo:

— Florencia, sé que estás ahí. Sal al momento ó dispara.

Pero no fué Florencia quien salió, sino el hombre, y con tal decisión y tal vigor, que Lefrançois no tuvo tiempo de hacer fuego. Arrollado, dejó caer la escopeta, y trabó una lucha desesperada con su adversario, cuya cara no veía, pero de cuyas fuerzas hercúleas recibía elocuentes pruebas. Gruñendo como un jabalí y luchando con toda su fuerza para herir al desconocido, hizo un esfuerzo sobrehumano que le desprendió, cogió la escopeta y apuntando con una sola mano tiró á boca de jarro. Al fulgor de la detonación, vió la cara del que quería matar y vió á Florencia aterrizada é incrustada en un rincón.

— ¡Bernardo! ¡Miserable! gritó. ¡Y tú, infame! Te...

No tuvo tiempo de continuar, porque recibió

tan rudo golpe en la sien, que cayó sin sentido y no se movió. Bernardo gritó:

— Florencia, ¿dónde estás?

— Aquí, balbuceó la señora de Lefrançois en la sombra.

— ¿Estás herida?

— No. ¿Y tú?

— Tampoco, por milagro. El tiro me ha chamuscado el cabello.

— ¿Y él? preguntó Florencia temblando.

— ¡Oh! ¡Él! No lo sé. Le he pegado con toda mi fuerza... ¡Está ahí sin movimiento!...

— ¡Hay que verle!

— Voy á encender luz... Dame la linterna...

Florencia le entregó una linterna sin cristales que había en un montón de hojarasca, y Bernardo encendió con un fósforo un cabo de vela que quedaba en ella. Los amantes examinaron á Lefrançois y le vieron tendido en el suelo, con las piernas separadas y los brazos en cruz. Por su nariz salía un hilo de sangre y su cara estaba lívida.

— ¡Dios mío! ¿Le has matado? preguntó Florencia con espanto. ¿Con qué le has herido?

— Con lo primero que he encontrado á mano, dijo Bernardo enseñando una especie de maza de madera de las que sirven para hendir los castaños y hacer vigas.

Florencia, arrodillada al lado de su marido, le tocaba el pecho y buscaba ansiosamente un latido del corazón. De pronto arrojó un grito casi alegre :

— ¡ Respira !

Pero Bernardo dijo á continuación :

— ¿ Qué hacemos entonces ?

— Ante todo llevárnoslo... Si sobrevive, no es posible esperar que vengan á buscarle á esta cabaña y si muere debe ser en su cama...

— Pero ¿ qué vas á decirle si recobra el conocimiento ? ¿ Qué explicación piensas dar si muere ? En uno y otro caso el peligro es horrible.

Florencia respondió impetuosamente :

— ¡ Oh ! Ya veremos... Lo urgente es salir de aquí. Ayúdame á llevarle y volvamos al castillo.

— Pero podemos ser vistos en el camino.

— Iremos á través de los campos.

— ¿ Tendrás bastante fuerza ?

— Preciso será.

Florencia cogió á su marido por los pies y Bernardo por debajo de los brazos, y el fúnebre grupo salió de la cabaña. Tenían que recorrer de aquel modo cerca de un kilómetro y al llegar al castillo las dificultades iban á ser inmensas. Pero no querían siquiera pensarlas. Necesitaban llevar á cabo su difícil y peligroso plan. Andaban lenta y metódicamente, con la firme resolución de ir

hasta el fin, y así llegaron al lindero del bosque. Para llegar desde allí á la casa tenían que atravesar una explanada y esta zona era peligrosa porque estaban cerca las habitaciones y los caminos frecuentados. Florencia tenía los brazos rendidos pero no se quejaba. La salvación para ella dependía de su energía.

— ¡ Estás sin aliento ! dijo Bernardo.

Pero ella fué la primera que dijo :

— Sigamos.

Al ir á coger de nuevo el cuerpo inanimado se oyeron pasos en el camino y la luz de una linterna rompió de repente la oscuridad á cincuenta pasos de ellos. Los dos amantes se acercaron todo lo posible á la cuneta, esperando con ansia la llegada de aquel importuno viajero, que avanzaba rápidamente haciendo oscilar la linterna como un fuego fatuo.

— ¡ Nos va á ver ! murmuró Florencia horrorizada.

Bernardo no respondió, pero hizo un gesto tan significativo, que la joven se quedó sin aliento. El viajero se echaba encima y al llegar á dos pasos de los amantes vió á la luz de la linterna al espantoso grupo y se detuvo repentinamente. Al mismo tiempo se levantó Bernardo, que acababa de conocer al cura de Favieres.

— ¡ Daniel ! exclamó. La Providencia te envía.

— ¿Qué ocurre, pues?

— Mira, dijo el joven.

El cura dió algunos pasos, levantó la linterna y vió á Florencia con las facciones alteradas por el terror y arrodillada junto al cuerpo inanimado de Lefrançois. Juntó las manos con estupor y exclamó :

— ¡Dios mío! ¿Está muerto?... Y tú, Bernardo, y usted, señora, ¿qué hacen aquí?

— ¡Por favor! No preguntes nada y ayúdanos á transportar este desgraciado. Va en ello mi salvación y el honor de todos.

— ¿Eres tú quien le ha herido?

— ¡Sí, yo!

— ¿Por qué?

— Porque él quería matarme...

— ¿Qué le habías hecho?

El joven no respondió y el semblante del sacerdote tomó una gravedad repentina. Miró á Florencia, que no hacía un movimiento ni pronunciaba una palabra, y levantando el cuerpo con Bernardo, tomó el camino del castillo. La joven los seguía maquinalmente como privada de sentido. Llegaron al parque, le atravesaron, entraron en el pabellón y con infinitas precauciones subieron á Lefrançois á su cuarto. Al encontrarse en la cama, el herido pareció experimentar una especie de bienestar. Respiró y en el momento en que el

padre Daniel se inclinaba sobre él para espiar su vuelta á la vida, los ojos de Lefrançois lanzaron una mirada opaca y se fijaron en la cara del cura. Una amarga sonrisa se dibujó en sus labios; hizo un esfuerzo para levantarse y, lanzando un gemido, volvió á caer inerte en la cama.

— ¡Alejémonos, dijo Bernardo al padre Daniel. Si nos ve aquí todo se ha perdido. Esta señora pretextará un accidente casual, un vahido y un golpe contra un pico de un mueble. Ante todo hay que evitar las primeras sospechas. Si este desgraciado sobrevive ya trataremos de defendernos: si muere, es preciso que se lleve á la tumba este secreto.

— Partamos, pues.

El padre Daniel no había cambiado ni una mirada con Florencia y ésta, anonadada por la presencia del sacerdote, no había dejado oír su voz. En el momento de alejarse, hizo, sin embargo un movimiento como para ir hacia él. Daniel lo observó, bajó los ojos y dirigiéndose á ella por primera vez, dijo en voz grave :

— ¡Dios tenga piedad de usted, señora!

Y bajando la cabeza, salió. Bernardo le siguió, después de algunas palabras cambiadas rápidamente con Florencia, y los dos amigos se encontraron en el parque. El silencio era profundo; todo dormía y nadie había sorprendido la fúnebre

entrada de aquellos hombres ni su misteriosa salida. Llegaron al camino y Bernardo dijo al padre Daniel .

— Amigo mío, tengo que dejarte. Los instantes son preciosos para mí y ya debería estar muy lejos... Pero no quisiera alejarme sin darte explicaciones sobre lo que la casualidad te ha hecho descubrir...

— No quiero saber nada, dijo con energía el sacerdote. Lo que sé es demasiado lamentable para querer saber más.

— ¡No juzgues severamente á esa pobre mujer! dijo Bernardo.

— No quiero juzgarla. Mi sólo deseo era olvidarme de ella y no me lo ha permitido...

— Pero ¿y yo? Daniel, dijo el joven con desesperación; ¿me perdonas?

— Á ti, Bernardo, dijo el joven con dulzura, te compadezco con toda mi alma.

El desgraciado se arrojó sollozando en los brazos que le abría su amigo de la infancia y, como en un refugio sagrado, dió expansión á sus sentimientos y se abandonó á la dulzura de llorar libremente.

— ¡Oh! ¿Á que he venido á parar? ¡He cometido una acción abominable! ¡Una muerte! ¿Comprendes? Impulsado por la fuerza de la fatalidad, he herido á un hombre... No le odiaba,

sin embargo; lo he hecho para defenderme, ¡créelo! ¡Ahora siento no haberme dejado matar... Pero esa mujer estaba allí y no podía dejarla en sus manos... ¡Ah! ¡Qué horrible engranaje de faltas, que conduce desde el adulterio hasta el homicidio. Se empieza con la sonrisa en los labios, alegremente, sin mala intención, y se acaba en un espantoso crimen y atormentado para siempre por los remordimientos.

Bernardo se sentó en la cuneta, débil como un niño, mientras Daniel de pie, grave y con la cabeza tristemente inclinada, le escuchaba con atención.

— Si te arrepientes de tu falta, dijo, has dado un gran paso en la vía de tu redención. La misericordia de Dios es infinita. Ruégale y tendrá piedad de ti.

— ¡Ah! mis ojos no se vuelven hacia el cielo, exclamó Bernardo. No miro más que á la tierra, al rededor de mí, y todo me espanta... Yo temo tan sólo á los hombres. ¿Qué puede tu Dios en mi favor ó en contra mía?

— Puede apaciguar tu conciencia, dijo enérgicamente el sacerdote, serenar tu espíritu y darte valor para afrontar el peligro que temes y para sufrir la prueba de los grandes dolores.

— Bien sabes, tú mismo, que no te ha defendido de la desesperación...

— Me ha vuelto á la razón llamándome á él. Ruégale y verás.

Bernardo se levantó y dijo á su amigo, mirándole con ojos huraños :

— Daniel, yo soy un hombre y tengo las debilidades, pero también las energías de tal. Temes que me abandone y crees que no soy capaz de defenderme; pero ahora vuelvo en mí, me avergüenzo de mi cobardía y me preparo á luchar. El día que no haya en mí otro recurso que el de la providencia y tenga que abandonar toda esperanza de felicidad, será el último de mi vida.

— ¡Desgraciado! ¿Qué dices? exclamó el cura con profundo dolor.

— La verdad, como si hablara con el confesor. Soy incapaz de renunciar á los goces de la vida. La dicha ó la nada; esta es la fórmula de mi porvenir : ¡Adiós!

Estrechó con fuerza al cura contra su pecho y sin darle tiempo para decir una sola palabra, se alejó á grandes pasos. El alba empezaba á blanquear las copas de los árboles cuando Bernardo llegó á la cabaña, en la que todo estaba como algunas horas antes. La escopeta de Lefrançois estaba en el suelo, cerca de la puerta, con un cañón descargado. La cogió, se la colgó á la espalda, saltó sobre el caballo y se lanzó al galope á través del

bosque. Al pasar por la laguna alimentada por el riachuelo de Maisoncelle, arrojó la escopeta en el sitio más profundo y, seguro de no dejar prueba alguna material de lo ocurrido, se encaminó á su casa.